

ANNIE RAMÍREZ-LÉVINE
Psicóloga - Psicoanalista
Miembro de C.I.P.A.

PARA QUE UN BEBÉ LLEGUE A SER UN SER HUMANO. HIPÓTESIS SOBRE EL PROCESO ORIGINARIO*

Un bebé pasa nueve meses en el vientre de la madre, a salvo, protegido del mundo externo, como para elaborar mejor la propia metamorfosis de pequeño embrión marino a mamífero terrestre, pasando por todas las etapas de la filogénesis. Durante estos nueve meses se construye un cuerpo, que lleva, se puede decir, la señal o la huella de una historia antigua (las diversas partes del cerebro son testimonio de esto). Cada vez más él se impregna de las huellas dejadas por las emociones de la madre. Esta transmisión entre el pensamiento de la madre y el cuerpo del niño es realmente una cosa asombrosa, como si el niño reprodujera un sistema de comunicación que debe existir en la naturaleza y en el cual los mensajes pasan, sin lenguaje, de cuerpo a cuerpo, de materia a materia. Esto es lo que se llamará la comunicación de inconsciente a inconsciente. Cuando está próximo al nacimiento, el niño es portador de este dispositivo biológico perfectamente adaptado a una vida arcaica animal e instintual que deberá perder u olvidar para aprender a convertirse en un pequeño humano.

Se ha dicho mucho sobre el nacimiento, sobre el traumatismo que puede representar para el bebé pasar de un estado biológico a otro. Esto es cierto, es un suceso inverosímil, de una brutalidad y de una violencia que afortunadamente el niño no puede integrar porque su psiquismo no está todavía en grado de vivir todo esto.

* La traducción del artículo escrito originalmente en francés fue realizada especialmente para la Revista Colombiana de Psicología por el Prof. Luis Bernardo López Caicedo, Universidad Nacional de Colombia. Dirección de la autora: 2, Place du Général Koening 75017 Paris.

Por el contrario, se produce algo que es probablemente un segundo nacimiento. Hace mucho tiempo se ha observado, sin obtener las menores conclusiones, que en el nacimiento el bebé tiene un aire de viejo o de viejita, ajado, con semblante abatido, agotado. Con frecuencia en aquel momento se encuentra una semejanza con un abuelo o una abuela, poniendo inmediatamente en juego el acercamiento de las generaciones. Con frecuencia se observan signos extraños e incomprensibles para un bebé, incluso que producen cierta perturbación, signos de madurez sexual (erección en el niño, secreción mamaria y menstruaciones en las niñas). Es también frecuente el famoso reflejo de la marcha automática, que existe en el nacimiento y que en ese momento nos parece extraño. Ahora bien, todos estos signos de madurez en algunos días o aún a las pocas horas desaparecen. Estos reflejos eran el fruto de la evolución filogenética intrauterina, signos de un cuerpo que habría podido estar listo a vivir en un modo parcialmente adulto, pero un cuerpo animal e instintivo, con un equipamiento biológico en el cual todo ha sido señalado con anterioridad.

Viene una metamorfosis que transforma este pequeño ser prehistórico, portador de la historia de la humanidad, en un bebé esta vez completamente rosado, suave, nuevo, listo a olvidar su propio origen animal para dejarse convertir en un ser humano. Desde mi punto de vista, es propiamente esta metamorfosis, más que el nacimiento, la que permanece inscrita como una pérdida *la pérdida del cuerpo arcaico*, la verdadera caída original. El pasaje del estado de naturaleza al estado de ser humano se hace al precio de esta primera catástrofe, la necesidad para el bebé de vivir la pérdida de este cuerpo y la necesidad de *reconstruirse* ante la cual se encuentra en ese momento. El bebé se encuentra en efecto con un cuerpo perdido, pero también sin aparato psíquico, ya que éste no es todavía capaz de fabricar pensamientos. Es un *vacío*, un vacío a partir del cual el bebé va a construirse realmente gracias al cuidado de su madre y su entorno. Es en esta especie de no-existencia anterior y en esta carencia donde se origina la vida humana. Si este vacío no se produjera, probablemente el bebé no podría convertirse en un ser humano o no podría de ninguna manera evolucionar en el sentido en que no estaría en la necesidad de construirse psíquicamente por esta *pulsión de completud*, ni de adquirir el sentido de la temporalidad y del lenguaje. Su cuerpo maduro muy rápidamente haría de él un ser independiente, sin la posibilidad de simbolizar (teniendo la simbolización origen en esa carencia). De otra parte este cuerpo con el cual el niño viene al mundo, es un cuerpo en bruto, no pensado, no

mentalizado, que podría ser sólo instintivo. Este cuerpo será sustituido por uno que va a ser poco a poco elaborado psíquicamente en función de su capacidad para integrar sensaciones, en función de su capacidad para vincular sensaciones a una significación: será la construcción de este cuerpo que nosotros tenemos y que llamamos imaginario, en el sentido que existe por la representación que nos hacemos de él, por la mentalización. La construcción del cuerpo imaginario es probablemente una de las etapas fundamentales de la construcción del ser humano y se hace mucho antes de la adquisición de lenguaje. Esta construcción no puede tener entonces lugar sin poner de lado el cuerpo arcaico y sin el pasaje por ese vacío a partir del cual el hombrecito va a nacer.

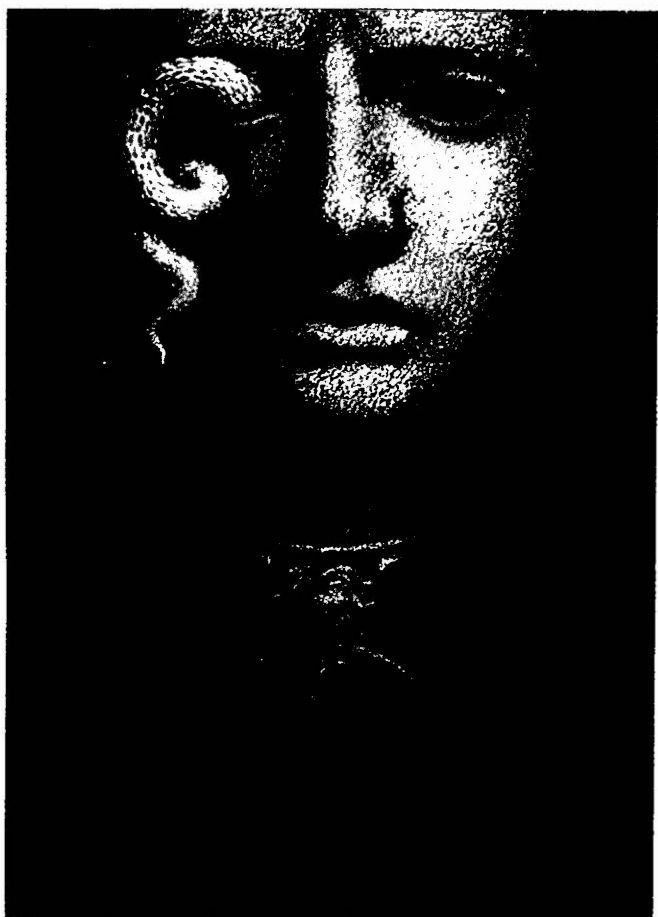
Partiré entonces de la idea winnicottiana que parece ser una simple ocurrencia, según la cual originalmente *el neonato no existe*. Lo que existe, al principio es una relación la relación madre niño, *una relación fusional* que va a constituir la primera vivencia existencial del bebé y sobre la cual el bebé va a apuntalar su propia construcción. Este período de relación fusional es considerado ahora como el período esencial en el cual el bebé va a construir las bases de su mundo interior, de su vida psíquica, de sus vivencias corporales, en fin, de su inconsciente, a través de los cuidados de los cuales es objeto, de la manera como él se sienta protegido, llevado, comprendido y aceptado. Casi todo lo que le sucede al bebé durante este período será en efecto integrado en su inconsciente.

Veamos cómo sucede.

En el curso de este período de relación fusional que debe durar cuanto sea necesario, y esto es diferente para cada niño, el bebé debe llevar a cabo, como lo decía Freud, una tarea considerable, que esquemáticamente, dividiré en tres etapas.

La primera, y no la menos importante es para el bebé, a pesar de la pérdida de su cuerpo arcaico, a pesar del vacío, llegar a vivir una *continuidad* en el inicio de su existencia. Su tarea esencial será la de utilizar la relación fusional para no sentir la discontinuidad.

La segunda tarea, también de una gran importancia, será establecer una comunicación con la madre en la relación fusional, en un lenguaje propio a esta relación fusional, para ayudar a la madre a que ella pueda responder a sus necesidades, para tomar de esta relación aquello que de alguna manera llena poco a poco su psiquismo y al mismo tiempo expulsar todo aquello que para él es insoportable. Será una lucha para imponer su omnipotencia, para integrar del otro aquello que le conviene y para rechazar aque-



llo que es una agresión. A partir de esta lucha se constituirán *los primeros esbozos de la vida psíquica* y las primeras construcciones del sí.

La tercera tarea será la de llegar a liberarse de la relación fusional después de haber interiorizado los modelos de apoyo. El fin de esta relación de total dependencia es en efecto la autonomía del niño, que se realizará tanto mejor cuanto más satisfactorio haya sido el período de dependencia. Con ocasión de estas primeras relaciones la madre, siente cuáles son las necesidades de su bebé. Ella sabe la mayor parte del tiempo evolucionar simultáneamente con él y sentir como, en un primer tiempo el bebé tiene absoluta necesidad de ella y poco a poco puede, sin sufrir mucho, separarse encontrando en él cómo desprenderse de ella. Instintivamente y con frecuencia, la madre siente que es necesaria una cierta elasticidad que permita al bebé tomar un lugar, y al mismo tiempo, una solidez apta para aportar la seguridad necesaria. Y en general, todo va bien. Pero también, las madres sienten como es de importante lo que pasa en estos primeros momentos y con frecuencia están muy ansiosas y tan deseosas de hacerlo bien,

se cuestionan mucho, son inseguras no dejando hablar a su instinto; ellas aplican entonces las recetas, sintiendo que esto no corresponde verdaderamente a su manera de ser, y todo se complica. Otras madres, por el contrario, no se plantean muchas preguntas e imponen con fuerza su manera de ser a un bebé que no puede encontrar el medio de expresarse, y todo se complica también. Es como si hubiera madres suficientemente buenas (Winnicott), ni demasiado, ni muy poco, que saben adaptarse a las necesidades de su bebé, evolucionar y permitir que él evolucione, aún implicándose mucho, y estando muy presentes; y otras madres que tienen mucha dificultad para escuchar las necesidades, las solicitudes de su bebé y también para expresarse ellas mismas. Esta situación crea lo que llamaré *malentendidos*. Malentendidos que permanecerán inscritos en el niño, en su inconsciente, como huellas, como fallas, sufrimientos, enfermedades, discontinuidades en su evolución.

1. *La continuidad*

En lo que concierne a la primera tarea que el bebé debe cumplir, precisamente la de llegar a establecer una continuidad en su existencia, es necesario saber que lo más grave que puede suceder en este momento es sentir esta continuidad. Esta continuidad puede ser la sola vivencia que él tenga y el fin de la relación fusional debe ser protegerlo. Todo lo que no responda a esta necesidad es vivido como una interrupción catastrófica, como un atentado profundo a la vida, y se inscribe en el bebé como una *caída en el vacío*.

En efecto, el bebé que acaba de vivir la experiencia de la pérdida de su cuerpo arcaico, no puede continuar existiendo sin el sustituto de la madre, lo que explica la necesidad de un cuerpo auxiliar, de un cuidado sin el cual el cuerpo no sostenido y no cargado del bebé no puede existir. El niño debe ser cargado. Esto es una evidencia. No puede sostenerse por sí mismo físicamente. Pero lo que es menos evidente, es que el bebé es un cuerpo por reconstruir y que siente todo el tiempo la amenaza de caerse, en tanto que él no haya podido interiorizar la estructura de apoyo y construido mentalmente su propio cuerpo. El cuidado, el ser cargado, el holding tiene como función, como primera función, permitir al bebé, por una toma de conciencia de su gravidez, el no tener de alguna manera que preocuparse por el cuerpo que no puede todavía integrar mentalmente, es decir tiene por primera función mantener al bebé en estado de ingravidez.

De una parte esto permite la continuidad con la vida intrauterina donde el bebé estaba en estado de ingravidez y, de otra parte, permite al psiquismo del bebé construirse, a fin de que él asuma, cuando pueda por sí mismo, el relevo y sea él mismo capaz de sostenerse y de apoyarse. Lo que significa que, de entrada, el bebé se inscribe en una *temporalidad* y que la estructura del espacio no intervendrá sino mucho más tarde.

De esto lo que es más interesante, es esta especie de misterio que todavía no sabemos explicar, que esto que mantiene *también* al bebé en una ilusión de ingravidez es, no solamente los brazos de la madre, sino también un *cargar psíquico*. Es decir que el bebé es cargado de igual forma mientras la madre piensa en él, lo engloba con su pensamiento, con su atención, cuando lo mira; y el sentido que el niño asume respecto a la mirada de su madre es para él sinónimo de estar cargado. Lo que asegura la continuidad, es por consiguiente, todo lo que constituye los cuidados corporales y afectivos, toda la atención, todo el investimento afectivo de la madre.

Cuando se siente cargado de esta manera, el niño se siente totalmente englobado, contenido en la relación funcional y es de este modo como siente su continuidad y como va a poder vivirse en un proceso evolutivo.

En este momento de la existencia del niño, la madre es: el niño mismo, que se carga a sí mismo, y al mismo tiempo todo el entorno. Esto es lo que se llama la unidad fusional. Cuando la madre se aleja, es una parte o toda del niño la que se aleja con ella. Lo que queda cuando todo está bien, es una vivencia de continuidad, o al menos no vivencia de discontinuidad, sin la cual, a cada alejamiento físico o psíquico de la madre el bebé se siente caer.

Todo esto puede ser observado en nuestra vida cotidiana: un pequeño bebé puesto sobre su cama, al que por lo tanto su mamá no está cargando físicamente, busca un punto en el cual anclar su mirada, donde fijar su atención. Él busca fijar la atención de su madre sobre él. El encuentro de la mirada juega el papel del cargar. Si la madre se aleja, sale de su campo visual, su primera reacción parece ser la de pánico. Como si hubiera desaparecido una parte de sí mismo, una parte de su continuidad se derrumba. Normalmente gracias a la interiorización del proceso de continuidad, se recupera, se recoge, y encuentra de nuevo donde anclar su atención.

Cuando la madre regresa y comienza a quitarle la ropa para limpiarlo, lo levanta de la cama, el niño hace gestos o muestra una expresión de sufrimiento. (De otra parte, algunos niños –aun más grandes–



no soportan que se les quite la ropa una vez que se les ha puesto). Se puede formular la hipótesis que el niño que aún no ha salido de la relación fusional, tenga la vivencia de un desgarramiento, como si una parte de su cuerpo permaneciese pegada a la cama o como si su piel se fuera con los vestidos que en ese momento le están cambiando.

Si la atención materna y los cuidados son suficientemente buenos tanto que le permitan al niño permanecer en la ilusión de esa fusión, su cuerpo permanece no corpóreo y la madre, pensando en el niño con su atención, con sus cuidados, permite que esta experiencia, poco a poco, tome cuerpo en la psique del niño como algo que va a poder mentalizar y por consiguiente soportar. Si ese no es el caso, la experiencia se inscribe brutalmente en el cuerpo entregado a una corporeidad insostenible. El niño se siente dejado caer en una vivencia terrorífica de caída.

Sucede que cuando se produce tal vivencia de caída el niño no encuentra nada de qué agarrarse. Es una caída que nada para, la vivencia de continuidad muy frágil desaparece también, sólo queda la separación. La respiración, último vínculo con el

ser viviente, no alcanza ni siquiera a servir de apoyo y se apaga de una vez. Es de este modo como se puede explicar la *muerte súbita del neonato*. El cuerpo se pierde totalmente, en una caída vivida tan precozmente, en un momento en el cual el psiquismo no elaborado no la puede amortiguar.

La manera como "los dejar caer" se inscriben en el cuerpo depende de los diferentes tipos de "cargados" maternos. Para ciertos bebés muy sensoriales ciertos cuidados corporales muy fuertes pueden ser vividos como fracturas cargando el cuerpo de un peso insoportable.

Otros niños viven en una ilusión de relación fusional demasiado grande cuando el pensar materno es tan fuerte que engloba al bebé en una fusión demasiado fija. Es la madre la que ocupa todo el territorio fusional. Queda poquísimo espacio para el niño y es fácil imaginar que cuando, después de haber estado tan presente, la madre se ausenta, es todo el cuerpo del bebé el que parte con ella en una masiva vivencia de caída. Es un bebé que es dejado caer completamente. Es por esto que una madre que está demasiado presente, demasiado invasora, demasiado protectora impide a su hijo existir, ya que sin ella, él no es nada.

Si al contrario, el pensamiento materno es muy débil, si la madre está psíquicamente ausente, el niño tampoco puede existir. Su psiquismo se llena sólo de pensamientos vacíos y su cuerpo no es cuidado. Es lo que sucede cuando el *espejo* que representa el rostro de la madre no reenvía al niño nada de sí mismo. Cuando un niño mira a la madre se sumerge en sus ojos como si se encontrara representado en un espejo. El encuentra con frecuencia en la mirada de la madre algo que le hace sentir su existencia. Si la madre no se encuentra, el espejo está ciego y el bebé no se siente sostenido, se siente dejado caer.

Este también puede ser el caso de aquellas formas particulares de relación fusional, en las cuales el dominio del pensamiento materno es de tal magnitud que ejerce un control absoluto sobre el cuerpo del niño, su gestualidad, su alimentación, su sueño, no tolerando de parte del niño lo que escapa a su control. Es lo que yo he llamado *una mirada que petrifica*, como aquella de la Gorgona que, en los antiguos griegos, petrificaba a todos los que cruzaban con su mirada.

Son muchos, más de los que se cree, los niños petrificados que no pueden evolucionar, que no pueden vivir en la continuidad, que están paralizados, como en el autismo en el cual, para soportar la caída, el cuerpo no sostenido es puesto fuera de sí. El niño se convierte en el espectador de su propio cuerpo. Se ve caer sin fin como si se tratase de otro. Es una

separación cuerpo-psyque, una des-corporización; lo que explicaría la insensibilidad corpórea en la cual los golpes, "las automutilaciones" serían esfuerzos para tocar el otro, pero al exterior. De otra parte, la automutilación es un término inapropiado: estos gestos son tal vez las huellas de un lenguaje corpóreo que intenta golpear al otro, tocarlo, hablarle, captar aquella atención que con su ausencia ha provocado la caída. El autismo es mantener la indistinción agarrándose al propio cuerpo como si fuese el cuerpo de la madre. Es una negación de la separación (F. Tustin).

Para algunos la petrificación comporta una parálisis psíquica: me pregunto si, en ciertos casos, los niños que señalan una *parálisis de crecimiento* no pertenecen a esta categoría; mientras que los que crecen, se pueden sentar, tienen un buen nivel de tonicidad, caminan, revelarían unos buenos cuidados maternos, además de capacidad para interiorizar estos cuidados.

Hay también algunos tipos de cuidados prestados al niño por una madre físicamente presente, pero con la mente en otro lugar, que piensa en otra cosa, en sí misma, en su propio sufrimiento. Toca el cuerpo de su hijo, pero no permite relacionar las sensaciones con cualquier forma de pensamiento. Esto creará en el niño una especie de prevalencia de las sensaciones corporales más que una elaboración psíquica y tales sensaciones corpóreas no tendrán sentido. Se encuentra esto en *los niños agitados*, inestables, para los cuales la hiperactividad corporal es una manera de sentir su existencia y de responder a las amenazas de caída de un cuerpo pesado no pensado.

Se piensa que estas amenazas de caída, cuando se repiten muy frecuentemente, son lo más grave que le puede pasar a un pequeño bebé. Se trata de la angustia en su forma más primitiva. No es una angustia de muerte, pero es un sentimiento intolerable de discontinuidad corporal. El cuerpo parece perderse a sí mismo y el niño, que ha conservado en sí esta vivencia, conservará un sentimiento de peligro, de inseguridad, de catástrofe inminente. Dejarlo caer es una toma de conciencia brutal y no amortiguada de la separación. Es un atentado grave al sentimiento de continuidad del ser.

Citaré una historia, un tanto trivial, de un paciente que parecía llevar su cuerpo y su propia existencia como un peso insoportable. Todo le parecía infinitamente difícil. Viéndolo caminar, parecía caerse a cada paso que daba. Era entre otras cosas un muchacho grande y fuerte, pero era como si llevara permanentemente su propia cruz. Con una queja trágica decía: "me pregunto por qué nada me sale bien, porque cuando trato de lograr algo me voy de bruces

y todo se derrumba. Yo vegeto en una cloaca". Evocaba pesadillas en las cuales debía saltar de la Tour Eiffel y se sentía como paralizado frente a la vida. Era sin embargo muy inteligente y muy valiente y no retrocedía jamás ante los retos. Pero nunca le salían bien las cosas. Después de un tiempo de análisis revivió en una sesión algo como una caída. Tuvo la sensación de caer físicamente y pudo entonces vincular esto a un sentimiento de abandono. Había sido un bebé extremadamente protegido y cuidado por su madre. Un día fue dejado en la casa de su abuela durante dos meses, inmediatamente después del nacimiento de una hermana y durante el tiempo que necesitó la madre para realizar un traslado al extranjero. Mi paciente se vio como un bebé frente a una ventana de la casa de su abuela, esperando, sin puntos de referencia, y lo escuché decir en la sesión, con una voz angustiada de niño perdido: "donde estoy, por qué mi madre no está aquí, no entiendo nada". Cuando su madre regresó a recogerlo, él había establecido mecanismos de defensa tan rígidos que tuvo el sentimiento de encontrarse delante de una desconocida (sentimiento de otra parte compartido por la madre que tampoco reconoció a su hijo). Adicionalmente lo llevaron a otro país a una casa desconocida con una hermana también desconocida. No habló sino hasta la edad de cuatro años. Ya que no querían saber de él, él no quería tampoco relacionarse con ellos; según él, a ellos no les interesaba nada lo que él tenía para decir.

Su cuerpo, tanto como su organización psíquica, han portado *la huella de este dejar caer*. Un dejar caer que no ha estado mentalizado como tal y por consiguiente no simbolizable, pero que está inscrito de manera muy profunda en el cuerpo, como la huella de una *separación insoportable*. Me parece que este cuerpo que se construye en respuesta a la amenaza de caída es un *cuerpo falso* que para defenderse, ha debido inscribir un trauma como este, como único modo de continuar existiendo a pesar de todo. Un bebé bañado en un baño muy caliente para él, deberá, para no sufrir, modificar la temperatura de su cuerpo. Y será durante toda su vida friolento sin comprenderlo.

Todo el mundo conoce la caída sin fin de Alicia en el País de las Maravillas y estos cuerpos que le son impuestos por las circunstancias y que la sorprenden. Recordamos también los esfuerzos de mentalización que ella hace a lo largo de su caída para continuar existiendo a pesar de todo.

El falso cuerpo, es un cuerpo no integrado psíquicamente, un cuerpo de urgencia, que porta la marca de la separación, y por consiguiente la marca del dominio de la madre.

Es esto lo que se produce en la *enfermedad psicósomática* que es considerada como una manera de inscribir en el cuerpo la marca de esta separación insoportable. Por medio del síntoma psicósomático, se guarda la madre viva dentro de sí, reparando de esta manera la ausencia del cuidado corporal. Los disturbios psicósomáticos son difíciles de sanar, porque, precisamente, son un lenguaje corporal, que precede el lenguaje, el lenguaje de la relación fusional que será necesario tratar de decodificar. La inscripción corporal en la somatización, esta construcción del falso cuerpo sería un mecanismo de defensa muy primitivo para luchar contra la amenaza de caída y la discontinuidad psíquica. Se puede considerar como la voluntad de negar la separación. Es por esto también, que los que hablan este lenguaje se aferran tanto, porque es esto lo que los une a la madre de la relación fusional.

Es teniendo presente estas vivencias de caída como se puede comprender el vértigo como la forma de revivir una amenaza de caída; las sensaciones de caer de la cama, los sueños de caída, los momentos de ausencia, toda esta problemática afectiva ligada al miedo de ser dejado caer, o a esta necesidad incontrolable de dejar caer a los otros para anticipar la catástrofe.

Muchas veces también los dolores de cabeza insoportables, las migrañas que impiden pensar, representan la imitación de la caída, un surgimiento del cuerpo en el pensamiento, al punto que el dolor de cabeza invade todo como un traumatismo. Cuando se llega, en el análisis, a unir esta invasión del cuerpo en la cabeza a las experiencias de caída ligadas a una separación vivida muy frecuentemente, estos dolores de cabeza ceden en general inmediatamente y definitivamente. Tener presentes también estas vivencias de caída hace reflexionar sobre las *experiencias de separación muy precoces* impuestas a los bebés (a veces por razones médicas) y esto debería hacer que los adultos fueran más prudentes en este asunto.

Esta problemática de la caída parece por consiguiente fundamental, porque permite comprender, cuánto esta primera tarea del bebé, que consiste en encontrar el impulso necesario para que su vida continúe sin interrupción grave, está sembrada de obstáculos y cómo esas discontinuidades se inscriben profundamente en él.

II. Los primeros contenidos psíquicos

La segunda tarea del bebé no es menos compleja; si bien no pone en juego el sentimiento de existir, sí pone en juego el sentimiento de existir en forma

auténtica. El bebé, para poder dar un paso más hacia la humanización, debe construirse psíquicamente, dar contenidos al propio psiquismo, o sea pensamientos. Para lograrlo él integra algo de la relación fusional que viene de la madre, efectuando una especie de selección instintiva entre aquello que puede integrar psíquicamente, que puede asumir un efecto simbólicamente, y aquello que le es intolerable. Una madre suficientemente buena sabe contener la angustia de su hijo mostrándole que ha comprendido que está angustiado y tranquilizándolo con gestos o con palabras: la función alfa descrita por Bion. De este modo, el niño puede integrar aquello que la madre le transmite con gestos y palabras que le son propias. De algún modo es su experiencia revivida y corregida por su madre la que viene a integrarse en él.

Lo importante es entender hasta qué punto, de entrada el otro está presente en el inconsciente. El otro es, por supuesto, la madre, pero también todos aquellos que la madre vincula en su propio psiquismo: el padre, sus propios padres, sus hermanos, etc.

Es de esta manera como el niño se inscribe en una *filiación*, en una descendencia, en una familia, pero, también de este modo, en una problemática muy compleja. Llegar a encontrar un puesto, su propio puesto: he aquí lo que con frecuencia se vuelve muy difícil. Porque el niño deberá sufrir la manera como la madre lo coloca, el lugar que la madre le atribuye, desde luego inconscientemente, o sea sin saberlo ella misma. Por ejemplo, el niño puede sentirse preso por otro, si percibe que no es investido por sí mismo, es decir que su madre piensa en otro mientras se ocupa de él: se trata entonces de un *malentendido grave* para el niño que está en búsqueda de identidad. Mucho más frecuentemente de cuanto se piensa, los niños buscan complacer a la madre para sentirse aceptados. Y para complacer a la madre, el niño debe ponerse en el puesto del otro, poner parte del otro dentro de sí, lo que le puede dar la impresión de estar escindido en dos, de no tener unidad.

Este sentimiento de estar preso por otro, de no existir por aquello que se es, o de ser portador de la historia de otro, se traduce en la impresión de ser extraño a sí mismo, o en un sentimiento de falsedad, de falta de autenticidad.

Hay bebés que son totalmente sometidos a los deseos inconscientes de su madre y se viven totalmente como otro.

Otros, más rebeldes, rechazarán este papel y entrarán en conflicto con su madre, conflicto que con frecuencia no se comprende bien, y que se manifestará por disturbios diversos, oposiciones, rechazos.

Otros también muy pronto, tratarán de componer todo, de hacer el cambio, de aceptar el falso personaje, a condición de proteger su verdadera personalidad, su verdadera identidad, como un núcleo secreto que guardarán escondido durante toda su vida.

Se tratará aquí de la constitución de esto que se llama *el falso yo*, que, como el falso cuerpo mencionado anteriormente se dará a la madre en signo de sumisión a sus deseos, pero que es el signo de un desplazamiento profundo entre la apariencia y el ser, como un sufrimiento que golpea la verdadera identidad.

He aquí porqué es tan difícil ser alguien, ser sí mismo; y con frecuencia no se sabe qué cosa quiere decir ser sí mismo. El malentendido es todavía más grave cuando la madre ha investido inconscientemente a su bebé en remplazo de alguien que esta muerto, un hermano, o una hermana mayor, por ejemplo. Será entonces un muerto que el bebé deberá integrar en él: el bebé se sentirá investido por la madre del deber de perpetuar este muerto, de mantenerlo en él. Se convierte de alguna manera en depositario del muerto y es habitado por él como por un *fantasma*. Esto es algo terrible para un bebé. Si guarda este muerto en él, toda una parte de él mismo que se encuentra literalmente privada de vida; si no lo guarda traiciona su madre y sobre todo pierde su amor, ya que siente que el amor, la tristeza, los pensamientos de su madre se dirigen hacia el muerto, que es esto lo que su madre inviste. Se trata en este punto de una *cruel sin salida* que toca lo más profundo de la identidad y que llevará al niño más tarde a tener *sentimientos de vacío*, de irrealidad, conductas mórbidas, *síndromes de fracaso*. Ciertas *depresiones* están ligadas a este sentimiento trágico de vacío, de muerte.

En esta lucha por la construcción de su identidad, el bebé debe también llegar poco a poco a pensar. Para esto, necesita que su madre le hable, lo nombre. En esta búsqueda de pensamientos, de construcción psíquica, el lenguaje juega un rol muy importante. Primero que todo como un baño de palabras que envuelve al niño y representa para la madre una toma de responsabilidad lingüística de las experiencias vividas por el niño. Poner palabras a las vivencias del bebé introduce una distancia entre el acontecimiento y su impacto directo. Es de esta distancia de donde nace el símbolo. La vida intelectual, la capacidad de pensar, dependerá en parte de esto, así como la capacidad de imaginar. Es por esto que en los primeros momentos de la vida, es fundamental el hecho que la madre sepa comprender en qué momento su niño tiene necesidad de escuchar palabras, para que los acontecimientos tengan un sentido. Hay,

en el niño, una *búsqueda de sentido extraordinaria* y muchas veces más precoz de lo que pensamos.

La madre debe entonces saber evolucionar al mismo ritmo que su niño y seguir integrando en su lugar lo que todavía no puede hacer él mismo; pero al mismo tiempo darle la posibilidad de integrar todo aquello que puede tomar sentido. Es fácil comprender que, en esta relación en donde los dos forman uno solo, pero donde el otro debe ser otro a pesar de todo, donde es necesario vivir en fusión pero separarse al mismo tiempo, no sea siempre posible para la madre responder a las solicitudes de su bebé. Los *malentendidos* no faltan:

a) por ejemplo, el niño espera alguna palabra con el objeto de que una angustia se pueda transformar en una vivencia soportable; pero la palabra no llega porque la madre y el ambiente no han captado esa espera por parte del niño. Esta *espera frustrada*, ese algo que podría ser positivo y que no se produjo, es uno de los factores importantes de instalación de vacío en el niño. Es una forma de no-pensamiento, de no-vida que se inscribe en él.

b) un segundo tipo de malentendido se produce cuando la madre demasiado precavida se anticipa al deseo o a la necesidad del niño, no dejándole tiempo a su hijo para reclamar, para expresarse, para desear. Ella colma literalmente a su hijo con un cúmulo de palabras, o un cúmulo de objetos, lo cual es tan negativo como la ausencia de palabras o la ausencia total de respuesta. Este es otro malentendido que no permite al bebé llenar su psiquismo de manera positiva.

Esto es lo que sucede cuando el niño reclama un reconocimiento de su identidad, o una prueba de amor y de aceptación y la madre cree que lo que necesita es alimento. Con frecuencia, un bebé que llora es interpretado como un bebé que tiene hambre. Y la madre le da de comer, lo harta porque en efecto no tiene hambre y el alimento es entonces vivido como una intoxicación, como un cuerpo extraño que viene en lugar de una prueba de amor.

Entonces es necesario rechazar absolutamente este alimento que interviene como signo de no-comprensión, de no-encuentro. Este es el mecanismo que se encuentra en la *anorexia*.

Este tipo de malentendido está en el origen de la *toxicomanía*, en la cual, una vez más la boca que reclamaba palabras ha sido llenada con un alimento tóxico. La necesidad de estar intoxicado con drogas es una repetición sin fin de este primer malentendido.

c) Un tercer tipo de malentendido se encuentra cuando los padres, para proteger al niño (aquí está el malentendido, porque esto no protege de ninguna

manera) le esconden cualquier cosa concerniente a la familia, los ancestros, los hermanos. Esto es lo que se llama un *no-dicho*, algo que se le esconde voluntariamente al niño, un secreto que para ser mantenido exige de los padres un esfuerzo psíquico constante para que nada los traicione. Pero el niño no ignora que se le esconde algo y en su capacidad para comunicarse de inconsciente a inconsciente, siente precisamente ese esfuerzo mental de los padres. Sabe que se le esconde algo, pero no sabe qué.

Lo que más impresiona en el funcionamiento del no-dicho, es que es eficaz durante generaciones y que aún entre más se aleje de su origen, más el vacío se inscribe en el niño en el lugar de un saber, haciéndose cada vez más importante. Es este tercer tipo de malentendidos el que hay que tratar de establecer *los disturbios del aprendizaje* y en ciertos fracasos escolares. En efecto, el niño siente que se le esconde algo, es imperioso para él saber qué; pero, al mismo tiempo, no puede de ninguna manera traicionar a sus padres tomándose un secreto que ellos tienen tanto cuidado en esconder. Para no hacer sufrir a sus padres, el niño prefiere entonces no aprender, a riesgo de descubrir el secreto, sufriendo por su necesidad de saber. Es como un sacrificio, se niega de alguna manera a aprender para proteger a sus padres, lo cual no se comprende y hace del fracaso escolar, en este caso, un terrible malentendido.

Este ha sido el caso de un niño que atendí cuando tenía ocho años, a raíz de un rendimiento catastrófico en la escuela. Nadie entendía qué le sucedía. Este niño, con una inteligencia muy superior al promedio, lleno de humor y de una gran sensibilidad no lograba aprender, ni trabajar, incluso ni escribir. Tenía un extraño modo de escribir, dejando vacíos en el interior de cada palabra. Esto hacía sus escritos absolutamente ilegibles y todos asistían impotentes a la degradación de este niño que sufría y luchaba contra sí mismo para no caer en la locura.

No contaré los detalles de su psicoterapia, que ha sido una aventura extraordinaria. A través de la psicoterapia se ha podido, entre otras, revelar un no-dicho que pesaba sobre la identidad del niño.

El abuelo paterno, el padre de su padre, en realidad no era su verdadero abuelo. El verdadero abuelo había sido deportado durante la guerra. En el campo de concentración donde había sido enviado había encontrado a su primo que llevaba su mismo nombre de bautismo y el mismo apellido. Ellos se prometieron recíprocamente que aquel que lograra regresar se haría cargo de la familia del otro. El abuelo murió sin dejar huellas como tantos otros. El primo sobrevivió; habiendo perdido la mujer y los hijos

se casó de nuevo con la mujer del primo, que tenía ya un muchacho.

Este muchacho, el padre de mi paciente, ha visto después de la guerra regresar a alguien que se consideraba como su padre, que tenía el mismo apellido y el mismo nombre de su padre. Así fue. Él creció con esta sustitución y la imposibilidad de hacer el duelo de su padre que estaba ahí, sin estar ahí, que estaba muerto, pero ahí a pesar de todo en la persona del otro. De otra parte, él estaba tan pequeño cuando su padre partió que no tenía ningún recuerdo de él. Cuando en su momento él tuvo un hijo, su imagen de padre era muy borrosa, complicada y aquello que su mujer pudo vehicular como imagen paterna era bastante evanescente. Ellos decidieron no revelar jamás este secreto a sus hijos mientras el abuelo, el segundo, estuviese vivo. Pero, increíble, han dado al hijo un nombre tan raro, un nombre bíblico, el nombre del general que el rey David había mandado a la guerra para que le consiguiese una esposa. La coincidencia entre las dos historias es evidente. Como si el padre hubiera sentido que su segundo padre había matado a su verdadero padre para tomarse su esposa, con toda la vergüenza que esto podía representar para él, con toda la agresividad contenida, que no podía ser expresada ya que el segundo padre lo había amado enormemente y era extraordinariamente ¡bueno! Y entonces, he nos aquí frente a nuestro niño llevando este nombre. Portador por consiguiente de una historia trágica: él sustituía a alguien que había muerto, pero sobre todo era portador de un no-dicho que significaba que él sustituía a alguien que no debía existir, ni siquiera mentalmente. Para proteger el secreto de sus padres podía sólo evitar aprender, y en la medida en que la amenaza de descubrir el secreto se hacía importante, más se acentuaban las dificultades escolares. Y, colocado en este callejón sin salida de reemplazar a alguien y al mismo tiempo de no existir, él no podía sino zozobrar en la locura.

Afortunadamente, su deseo de saber y su manera excepcional de cooperar en la psicoterapia lo salvaron. Pudo superar esta situación. Actualmente se ha integrado a una gran escuela de ingenieros, donde obtiene brillantes resultados.

Así, en esta búsqueda de sentido, los malentendidos son sufrimientos de no-vida, de no-reencuentro, de vacío, de los cuales el inconsciente del bebé se cargará negativamente. Y el vacío tiene de terrible, que es insoportable y permanece como un enclave a llenar. Se sabe que todo sirve para no sentirlo y el psiquismo confrontado a este vacío está listo a elaborar todas las patologías aptas para llenarlo. La

locura, las neurosis obsesivas con los ritos son un ejemplo de esto. La depresión, la agresividad, el odio pueden ser las marcas del *desespero ligado a estos malentendidos*.

III. Separarse

La tercera tarea fundamental del bebé en estos primeros días de su existencia es la de poder separarse de su madre, desligarse de la relación fusional construyendo progresivamente una madre-entorno interior, *auto-acompañándose*. Pero desde luego, el modelo de este acompañamiento interno viene del acompañamiento que el niño haya podido recibir del exterior, y del tipo de *seguridad* que haya podido acumular.

Es decir que el bebé va a tomar el relevo de su madre y va a apuntalarse sobre sí mismo. El bebé tendrá entonces un trabajo de de-fusión, de separación con el exterior, mientras que éste se fusionará en él. Es en esta época en la que se comienza a elaborar la diferencia entre el adentro y el afuera, los límites aparecen, las imágenes parentales comienzan a tomar una realidad y a convertirse en realidades exteriores al niño, que ha podido ya interiorizar sus padres imaginarios.

De las diferentes modalidades de interiorización del acompañamiento dependen las diferentes organizaciones del niño. Raymond Devos, que tiene un sentido clínico genial, además de un humor extraordinario, ha hecho un *sketch* sobre la interiorización del acompañamiento que se llama: "La vida, me la debo" donde dice: "Hay personas en cuyo interior no hay quien levante al otro". "Hay personas, dice él, que cuando se ven caídos, no se detendrían ni siquiera para recogerse"!

Puede suceder en efecto que un niño que se ha sentido dejar caer, en manera significativa, interiorice esta caída como algo que hace parte del cargar. No sabrá ciertamente sostenerse así mismo, tendrá dificultad para volverse autónomo, y con frecuencia, a su vez, dejará caer a los otros.

Al contrario, frente a una madre que no ha cargado suficientemente su hijo, puede suceder que el bebé asuma la responsabilidad psíquica por la madre o por sus padres, a tal punto que el niño se convierte en madre de su propia madre (en el hombre esto puede originar la homosexualidad pasiva). La interiorización del acompañamiento invierte en su contrario el proceso fusional. Los niños que desde muy temprano debieron ser padres de sus padres, están como obligados a pensar siempre en los otros, no cuentan nunca para ellos mismos, *se sacrifican todo el tiempo*.

Conozco una joven anoréxica que tuvo una madre muy poco maternal. Estaba tan preocupada por sí misma que no invistió suficientemente a su hija. No le gustaba ni siquiera alimentarla. La pequeña que adoraba a su mamá, se constituyó en una madre de esta madre-niña y ha interiorizado en ella, por ella misma, el modelo de alguien que no se alimenta y que no piensa en sí misma.

En el psicossomático, también se ve que lo que se interioriza es una madre que no ha podido evitar la separación, no pensando el cuerpo. Quien sufre perturbaciones psicossomáticas no puede pensar su cuerpo y conserva inscrita en sí una huella de esta madre, negando así la separación.

Algunas personas han sufrido tantas agresiones que están siempre listas a agredirse a sí mismos o a otros, habiendo interiorizado en lugar de una estructura de soporte, una estructura violenta y agresiva.

Cuando se reflexiona sobre todos estos casos, se comprende porqué es difícil llegar a ser autónomo. Si las primeras etapas de la vida no han sido satisfactorias, si las experiencias de separación se manifiestan demasiado temprano, y son vivenciadas como agresiones, separarse a continuación para ser autónomo, se convierte con frecuencia en algo imposible sin toda una patología que hablará el lenguaje de la relación fusional, donde la separación no existía.

He querido insistir, mirar con lupa, esos primeros momentos de la existencia humana, porque me parece que estas primeras inscripciones en el inconsciente son fundamentales y marcan la vida futura.

Sin embargo, no es necesario ser catastróficos y ser demasiado pesimistas: he insistido sobre los problemas que se pueden presentar pero, en general, madre y niño saben superar las dificultades y lo que viene después, siendo posible restablecer en alguna medida los malentendidos, los miedos y los desencuentros. Pero, en una perspectiva preventiva, es importante examinar sin complacencia cuáles son las necesidades fundamentales del niño y tratar de evitar a nuestros hijos sufrimientos inútiles. El sufrimiento, la pérdida, la falta, son signos del humano y una madre debe poder también dejar vivir a su hijo el sufrimiento y el dolor; para cada cosa hay un tiempo, desde los primeros momentos de la existencia.

- Permitir al niño vivir en continuidad
- Permitir al niño construirse psíquicamente
- Permitir al niño separarse

son momentos que se deben superar para que el niño llegue a ser un ser humano. Cada vez estoy más convencida que debería ayudarse a las madres a ser madres suficientemente buenas. Su tarea no es simple

y sería necesario tener también en cuenta sus dificultades, sus angustias, su inseguridad.

Es una inquietud que sentimos en la clínica: estamos viviendo una convulsión considerable en nuestra sociedad. Desde hace varios decenios están apareciendo niños, niños que nos aterran, nos entristecen, nos parecen extraños, nos asustan, y superan nuestra capacidad porque ni como padres ni como educadores, sabemos cuál es nuestro papel frente a ellos, son lo que llamaría *los nuevos niños*, que parecen oscilar trágicamente entre la *depresión* y la *violencia*.

Algunos de estos niños muy jóvenes, están ya tristes, deprimidos, en algunos casos son suicidas potenciales. Niños solos viviendo en un perpetuo sentimiento de abandono.

Otros por el contrario cada vez más jóvenes, viven como si no tuvieran padres, como si debieran defenderse solos en la existencia; lanzados muy temprano a la vida, se baten permanentemente, sólo saben establecer relaciones de fuerza, quieren imponer su ley; es el retorno a *la barbarie*, a lo inhumano.

En cualquiera de las dos categorías se tiene el sentimiento de una soledad trágica, de una *falta de acompañamiento*, de apoyo. También se tiene la impresión que, para ellos, algo falló en el paso a la hominización. Me parece que si no se mira un poco más de cerca al interior de las primeras relaciones madre-hijo, partiendo de la base de que estas primeras relaciones son portadoras también de nuestros problemas sociales, nunca podrá entenderse qué pasa. Son niños agredidos, agredidos en sus necesidades más profundas, más antiguas, de seguridad, de identidad, de humanidad. *Es la violencia del desespero de no ser tomados como seres humanos*. La generalización de este fenómeno debería alarmarnos.

También se habla desde hace algún tiempo del bebé como un ser autónomo, con gran capacidad de comprensión, dotado de grandes potencialidades. Ciertamente es muy útil pensar que el bebé se vuelve rápidamente autónomo. Puede llevarse rápidamente a la salacuna e inmediatamente después al colegio. Pero así se desconoce profunda y gravemente la necesidad fundamental del bebé de ser dependiente, durante el tiempo que requiere para construirse; para que pueda acumular las experiencias y vivir la separación como aceptable. Pero, como se ha visto, si esto sucede muy temprano, asume el aspecto de una agresión, y aún peor, de un traumatismo.

Un niño será tanto más autónomo y fuerte, cuanto más haya sido total y profundamente dependiente cuando era un bebé. Y un bebé llegará mejor a convertirse en un ser humano, cuanto más haya sido reconocido en sus necesidades más profundas Ψ